LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA: Un semestre................ 3 ptas. / Un año...................... 6 »

EN MÉXICO: Un trimestre............ $ 0,75 / Un semestre............ » 1,50 / Un año.................. » 3,00

Para los demás países, el precio será de un dollar cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

Año II. • Número 6 — Mes de junio de 1929

SUMARIO

NOTA.- Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia y cheques a la Editora de esta Revista doña Guadalupe G. de Joseph, Sierpes, 78, SEVILLA.—Los cheques deben hacerse sobre Madrid

Giros y otros envíos de dinero al Tesorero D. Máximo Maestre, Cava Alta, 11 bajo, MADRID

10

POEMAS

I

¡Oh, regocíjate!; retumba el trueno entre las montañas, y las sombras se tienden sobre la verde superficie de los valles.

Las lluvias hacen que estallen los renuevos de los troncos que ayer estaban muertos. En los picachos de las alturas las águilas construyen sus nidos.

Las cosas todas se engrandecen de vida.

Amigo: la vida inunda el mundo, y tú y yo juntos estamos en la eterna unión.

La vida es como las aguas, que igualmente calman la sed de los reyes y de los mendigos y llenan los áureos vasos reales y los vasos de barro de los pobres, que suelen hacerse pedazos en la fuente. Pero cada uno ama su propio vaso.

¡Cómo hay tristeza en el temor de la soledad, en la agonía del día, en la nube que se aleja!

La vida sin amor vaga de casa en casa, y no encuentra quien la contemple en su exquisita belleza.

En la roca granítica se labra la imagen que los hombres tienen por sagrada, mas tú huella la roca y sigue camino al templo.

Amigo: la vida llena el Universo, y tú y yo estamos para siempre unidos en la eternidad.

II

¿Contiene la gota de rocío en toda plenitud la rabia del torrente o el brillo cegador del lago montañero?

¿Puede la gota de lluvia, tan sola como está, dar frescura al árbol solitario de las lomas?

¿Es la gota en plenitud la que produce el ruido de las aguas en las grandes caídas?

¿Apagará la sed la gota de la lluvia, toda ella llena de pureza?

Y canto yo la canción de la vida. En ese canto, ¡oh, amigo!, no estás tú ni estoy yo, tan sólo está la vida, que es lo que todos llamamos lo Bienamado.

Tan solamente el necio persigue las sombras del yo pequeño en la vida, y la Vida se le escapa, porque la busca en los caminos de la esclavitud.

Dondequiera existe la lucha en la inmensa división, porque en la vida no existimos ni tú ni yo.

Está esperando el ensueño

EL ensueño llama....., y se queda esperando fuera del portal, entre las violetas y las flores de lavanda, allí donde las prímulas bordean el muro.

Es que los durmientes no están listos aún.....

En una alcoba, allá arriba, en la vieja casa, despierta un niño, y dice:

—Madre, ¿quieres que vaya por la pequeña puerta que da al jardín y que coja las florecitas?

—Sí, querido.

Como un rayo de sol bajó el niño hasta el sendero del jardín. Llega a la puertecilla estrecha y pasa por ella; con dedos ansiosos recoge las frescas y dulces prímulas, las tiernas violetas y las limpias y fragantes flores de lavanda, que florecen al aire libre, fuera de los muros.

El Sueño lo toca.

Sorprendido, tembloroso, mudo, extático, se queda con los ojos abiertos.

La noche extiende sus amplias alas sobre el jardín; las estrellas cantan en el gran domo de púrpura en las alturas. La luna es el maestro de los coros, revestida de plata. El jardín está quieto y lleno de rocío debajo de las grandes alas.

La madre acuesta al niño en su camita.

—Madre, qué curioso; esta mañana, donde están las prímulas, sólo por un minuto, me pareció amar a todo el mundo.

—Sí, querido.

—Y ¿crees tú que llegue a amarlo?

El Sueño espera, fuera de las puertas, cerca del muro de las prímulas..... ¡Oh, durmientes, despertad!.....

La madre se vuelve hacia la ventana; su cara está pensativa.

El pequeño le repite la pregunta:

—¿Crees que alguna vez llegue yo a amarlos a todos? Es decir, ¿podremos tú y yo, madre, amar a todo el mundo?

El Sueño se conmueve..... ¡Oh, vosotros, los que estáis medio despiertos.....; sabed, ESTOY AQUÍ!

Con suavidad, el Sueño penetra en la estancia; dulcemente envuelve a la madre, y ella, asombrada, temblando, extática, con los ojos muy abiertos, responde:

—Sí, niño mío.

LA FLAMA

POR J. KRISHNAMURTI

Hace algunos años charlaba yo con un amigo mío, que no es precisamente de mi misma manera de pensar, por más que estamos de acuerdo en muchas cosas, pero él no es tan despreocupado como yo. Me dijo que yo le parecía tan suave como las aguas vagabundas, sin el coraje necesario para destruir lo innecesario, ni para crear lo que sé necesita. Y acabó por decirme: «Si quieres hacer algo en la vida, debes tener esa llama al rojo blanco para cumplir tus propósitos. Porque encontrarás oposición a tus ideas y las aguas errabundas serán encauzadas y empleadas en irrigación y no podrán ir, por su cuenta, a refrescar las tierras abrasadas».

Yo he pensado mucho en estas palabras desde hace dos años calculando si ya era tiempo de que ardiera la flama al rojo blanco. Creo que es necesaria la llama blanca de que hablaba mi amigo, pero también creo que es necesario tener paciencia.

En esta primavera, durante mi estancia en Ojai, observé un gorrión que fabricaba su nido fuera de mi habitación. Era un nido muy precario, porque lo hacía en la persiana. El que hubiera tirado con fuerza de la persiana, de seguro habría destruído el nido. Yo lo observaba día tras día, y vi cómo lo acababa de construir. Me di cuenta de los inmensos esfuerzos de la madre, de sus luchas gigantescas para crear aquel adorable nidito en el cual durante tres noches puso tres huevecillos. Al hacer aquel nido en tan precaria situación y criar sus pajaritos a pesar del descuido de los seres humanos y la crueldad de otros animales, aquel gorrión luchaba contra todo el mundo para crear. Tenía la blanca llama para luchar, para imponerse. Y el gorrión me dió la idea de que la llama llega no en una violenta explosión, sino con la paciencia, con la afirmación constante de la verdad esencial, luchando constantemente contra las pequeñeces de la vida, contra la estrechez de los credos y de las pequeñas comprensiones. Me hubiera sido muy fácil precipitarme contra el muro de la ortodoxia, la tradición y las creencias establecidas, hace algunos años; pero no hubiese sido sensato, porque el muro era demasiado fuerte; pocos había que hubiesen comprendido en realidad, y que por ello hubiesen ayudado a abrir la brecha en ese muro. Pero ahora, desde que estoy aquí, esa flama se ha fortalecido dentro de mí y nunca más volveré a contemporizar con cosa alguna. Nunca trataré de conciliar aquello que no es la verdad, y yo, personalmente, nunca dejaré lo eterno por lo pasajero.

Y pienso ¿cuántos de vosotros tendréis la flama, cuántos seréis como el acero, forjado por vuestras propias manos, por vuestra propia comprensión y por vuestras propias luchas con la vida? Yo de mí estoy cierto, seguro de lo que hablo. Aunque todo el mundo esté en desacuerdo conmigo, aunque todos equivoquen lo que digo. Mientras más equivocados estén, mayor será la divergencia de opiniones y más seguro me siento yo. Yo querría que fueséis de otra manera y no por lo que yo digo, sino porque hubiérais percibido por vosotros mismos. Ese conocimiento y sabiduría darán estabilidad a vuestra comprensión, de suerte que nada pueda destruirla y podáis mantener encendida la blanca flama que quemará por completo la escoria, las cosas inútiles de la vida, destruyendo vuestras innumerables muletas y las divisiones que separan a las gentes. Las dulces aguas vagabundas son muy hermosas de contemplar y gratas para embarcarse en

ellas, pero si queréis entrar en los mares encontraréis muchas olas, tempestades y tormentas; habréis de dejar las aguas mansas tras de vosotros y aventuraros para descubrir vuestra propia fuerza, para luchar con vuestra sabiduría y conocimiento contra esas cosas que no son esenciales y que carecen de importancia. Para eso se necesita tener valor, no el valor estúpido que nace de la irreflexión, sino el valor nacido de la inteligencia. Tal vez algunos de entre vosotros estáis de acuerdo conmigo y véis, sentís y comprendéis como yo que si no hacéis conciliaciones con la verdad, la realización de la felicidad en el mundo se convertirá en certeza. Pero si vosotros, los que habéis percibido, los que habéis conocido, los que habéis considerado y comprendido conmigo, no tenéis la blanca flama, sino que os dedicáis a vagar como las aguas mansas, no podréis crear, no podréis prevalecer contra los viejos credos y tradiciones. Ya pasaron los tiempos del dulce vagar, tal vez no para vosotros, pero sí para mí y para los que han visto, para los que han sabido, los que han comprendido; no para aquellos que constantemente se ocupan en tratar de hacer arreglos y conciliaciones, sino para quienes han buscado la duda y la han vencido y que han despreciado las componendas.

No podéis establecer arreglos con la verdad. La verdad no puede ser retorcida, desviada, para servir vuestros propósitos. Nunca podréis doblar la verdad para que sirva a vuestra comprensión particular; más bien habréis de desdoblar vuestra comprensión para que llegue a la verdad; enderezad lo que está torcido para llegar a comprender la verdad. Para enderezar lo que se ha torcido necesitáis de la blanca flama. Si queréis hacer que el acero tome una forma determinada, lo calentáis; así lo haréis si queréis desdoblar y enderezar aquello en lo que vosotros mismos estáis torcidos; debéis calentaros con la blanca llama de la verdad; habréis de ser como el mar, contra el que nada prevalece, cuyas aguas están en continua moción, nunca quietas, siempre destruyendo las barreras que el hombre ha creado para contenerlas. Si alguien está muriéndose y ansiais volverlo a la vida, vuestro temor de hacerle daño no os hace impedir al cirujano que hiera para curar. El verdadero afecto no teme el herir; el amor verdadero no se detiene a luchar contra los falsos sentimientos, esperanzas vanas y placeres pasajeros. Si vosotros, los que habéis visto, estáis del lado de la verdad sin componendas, podremos continuar unidos; si no lo estáis, os quedaréis sobre las aguas mansas y vagabundas, deslizándoos dulcemente siguiendo vuestros placeres particulares y vuestras deliciosas conciliaciones, y la Verdad y yo nos iremos muy lejos.

¿De qué sirve que todos vosotros estéis de acuerdo con lo que os digo, simpatizando conmigo, sonriendo con deleite a las cosas que expongo, si en vuestra mente y corazón no hay alteración si no enderezáis lo torcido? Y os digo que la Verdad es algo demasiado serio para que juguéis con ello. Es muy peligroso tener parte de vuestro corazón en el templo de la verdad y la otra mitad en el templo de las irrealidades y de las verdades a medias. Ese es el camino del dolor, el de la lucha, el de las vanas creencias que decaen. Si no tenéis esa blanca llama que surge de la comprensión, que nace de la paciencia, no entraréis en el reino donde mora la Verdad. Como una bella flor que se marchita y perece, así será aquel que se entretiene con los dulces placeres y goces; pero si anheláis ser como el árbol que soporta todas las tempestades y que se balancea con las brisas debéis regocijaros en la verdad y caminar bajo su luz.

La niñez de Krishnamurti

Este escrito, que empezamos a publicar en este número de LA ESTRELLA, es un extracto hecho por el Organizador Nacional de la Orden de la Estrella para la República Mexicana, quien galantemente ha permitido su publicación en LA ESTRELLA y ha permitido que sea editado en forma de folleto, lo que nos proponemos hacer en un cercano futuro. Lo damos a nuestros lectores sabiendo que es para ellos de importancia el tener conocimiento de la interesante y sugestiva personalidad del Sr. Krishnamurti, ya que LA ESTRELLA como Revista Internacional se apresura a dar al mundo, mensualmente, los escritos que contienen la esencia de sus formidables teorías.

La fecha exacta del nacimiento de Krishnamurti parece incierta, si bien lo más probable es que haya sido el 25 de marzo de 1895. Nació en una numerosa familia de la más alta casta brahmánica, en el pueblo de Madanapala, perteneciente a la Presidencia de Madrás (India Británica), y se le dió el nombre de Krishnamurti de acuerdo con la antigua costumbre indostánica de que tal debe ser el nombre del octavo hijo de la familia, si éste fuere varón.

Krishnamurti significa literalmente «la forma de Krishna». Shri-Krishna en Oriente equivale a «el Cristo» en Occidente. La J. antepuesta al nombre aludido, es la inicial de su apellido, como aquí diríamos, a saber: Jeddu, o sea el denominativo especial de la rama de la casta brahmánica, a la que pertenecía su padre. Por tanto, su nombre de pila es Krishnamurti, y de él se hace el diminutivo Krishnají o Krishnayí. La desinencia «ji» en la India equivale a la nuestra «ito», que a veces ponemos al nombre propio para darle una significación más familiar y afectuosa.

Madanapala es una población de dos mil habitantes. Se halla rodeada de colinas y goza de muy agradable clima. La casa donde nació Krishnamurti se encuentra en los linderos del lugar con una colina llamada Basni-Kunda, de unos doscientos metros de elevación, a cuya cumbre se asciende por tosca escalinata, y desde donde se domina un lindo panorama hasta el lejano horizonte. La paz de los campos y la del cielo imprimen su sello al paisaje. Humildes chozas, cultivadas parcelas de tierra; tardos bueyes tras del arado primitivo; pozos de agua diseminados con profusión; labriegos de místico aspecto y blancos turbantes; tales son los tonos sobresalientes de aquel apacible rincón. Los habitantes del lugar dicen que el genio tutelar de Madanapala reside en aquella eminencia habitualmente. Días felices de la infancia de Krishnamurti transcurrieron en estos bucólicos lugares.

Su padre dijo una vez a un visitante que en la terraza de la casa donde nació Krishnamurti surgió la idea de fundar el colegio de Madanapala, el que ha llegado a convertirse en una magna institución.

Cuando el capitán R.º B. Clarke visitó esta casa, Krishnamurti tenía trece años y era aun desconocido para el mundo. Sin embargo, «al contemplar el lugar de su cuna—dice aquél—comprendí que algo extraordinario había en aquel niño hindú, algo que me tocó con un dedo de fuego. Para mí aquel lugar era sagrado».

Habiendo muerto la madre, se trasladó la familia de Madanapala a la residencia central de la Sociedad Teosófica en Adyar, ocupando, al principio, una casita colindante con los dominios de la Sociedad. El señor Naranah, padre de Krishnamurti y antiguo miembro de la Sociedad Teosófica, se había retirado del servicio del Gobierno inglés en el cual desempeñaba el cargo de Recaudador local de Rentas, aceptando un trabajo oficial en la Sociedad. Esta es una de las razones por las que el niño se vino a vivir a Adyar; mas por lo acontecido después, se diría que la causa que impulsó a esta familia hacia Adyar fué un designio superior desconocido. En efecto, ¿quién hubiera sido capaz de saber las silenciosas

intuiciones de este niño que, tan pronto como llegó a Adyar, vino a ser el vaso de elección de nuestro Señor el Boddhisattva?

Siendo la casa inadecuada para una tan numerosa familia, la Presidenta de la Sociedad Teosófica doctora Annie Besant, no tuvo inconveniente en permitir, poco después, que se mudasen a otra mejor dentro del territorio adyareño, perteneciente a la S. T.

Por aquel entonces (1909) el señor C. W. Leadbeater residía ya en el histórico «bungalow» octagonal, sito en la margen del río Adyar.

Antes del decisivo encuentro de los dos hermanos, Krishnamurti y Nityananda con su futuro protector, monseñor Leadbeater, habían ellos entablado relaciones con el profesor Ernesto Wood y un brahman amigo, el señor S. Subramanyan. Ambos habitaban en una residencia denominada «el cuadrángulo», y los niños acostumbraban traer sus trabajos escolares en demanda de ayuda al señor Subramanyan; algunas veces, el profesor Wood les ayudaba también en sus estudios. A poco tiempo, el señor Subramanyan se convirtió en su profesor de Sánscrito, siendo sustituído por el profesor Wood cuando el brahman marchó de Adyar.

No transcurrió mucho tiempo sin que el señor Leadbeater descubriese que ambos adolescentes sobresalían entre sus compañeros por su desarrollo interno. En sus conversaciones aludía al inusitado tamaño de su aura, especialmente la del mayor. Pronto fué notorio para él que ambos eran, ocultamente hablando, discípulos de uno de los Maestros de Sabiduría y que habían sido traídos a Adyar para su educación especial en ocultismo, para lo cual este antiguo discípulo de la Gran Logia se hallaba tan eminentemente capacitado. Y así llegaron a ser grandes amigos los tres, y diariamente, al clarear la aurora, iban los dos neófitos a ofrecer su saludo matinal al sabio Arhat que residía en el «bungalow» octagonal, a la vera del río que cerca de allí desemboca en el Golfo de Bengala.

El 1.° de agosto de 1909 dieron los dos hermanos su primer paso definitivo en la senda oculta en lo que se llama el sendero probatorio. Krishnamurti fué aceptado como discípulo por su Maestro el 1.° de enero de 1910; esto es, cinco meses después. Este caso es extraordinario en los anales de nuestra Humanidad; esfuerzo coronado por la estupenda hazaña espiritual de «entrar en la corriente» once días después.

Por este tiempo fué cuando se dieron (algo por completo inusitado) instrucciones detalladas del Maestro con respecto a los dós jóvenes discípulos. Mucho había que reformar en este particular, pues ambos vivían con su familia, compuesta del padre y una tía que gobernaba la casa, dos hermanos, uno mayor y otro menor que ellos, un niño adoptado y otros dos parientes lejanos que habían venido en calidad de huéspedes para cursar estudios en la escuela de Maylapore, a unos cuantos kilómetros de distancia y a la cual acudían todos los niños.

Para crear las condiciones de saludable bienestar necesario a los adolescentes en la época de su desarrollo y de sus estudios no se prestaba nada, ni las reducidas dimensiones de la habitación, en la que tantas personas dormían en el suelo, ni la deficiente alimentación sobrecargada de especies, ni las abluciones, las que si bien correctas desde el punto de vista religioso, dejaban mucho que desear desde el de la higiene. Había que modificar todo esto a fin de procurar a nuestros amigos una salud corporal adecuada a su desarrollo espiritual y su educación oculta. Krishnamurti era sumamente delgado y débil y un día confesó tímidamente que en realidad no se encontraba contento en la escuela. Después se averiguó que sufría mucho por las continuas amenazas y la brutalidad de un hombre inepto para ser maestro de escuela, un ser incapaz de comprender la sensibilidad y delicadeza de la mayor parte de los niños encomendados a su cuidado, caso mayormente aplicable a los dos hermanos.

Las instrucciones aludidas fueron en el sentido de que lo más pronto posible y sin lastimar los sentimientos ortodoxos locales, cambiasen todas esas condiciones tan poco deseables. Se decidió que dejasen aquella escuela y que continuasen sus estudios bajo la tutela del señor Leadbeater.

Tras algunas vacilaciones, el señor Naraniah consintió de buena voluntad, y entonces fué planeado un nuevo programa para la vida diaria de ambos jóvenes, el cual incluía mucho ejercicio muscular, agua tibia y jabón, comidas a horas fijas y mayor cantidad de alimentos. El resultado se notó al poco tiempo en la mejorada salud de los jóvenes. La rutina diaria era, poco más o menos, como sigue: se levantaban a las cinco de la mañana, efectuaban las abluciones ortodoxas de su casta brahmánica con agua fría, al lado del pozo; hacían su meditación matutina e iban después al «bungalow» octagonal donde se les servía

por un sirviente de casta, a fin de no contrariar las reglas ortodoxas, una buena taza de leche caliente. «Nos reuníamos luego—dice el señor Clarke—para una breve plática sobre asuntos elevados, tratando a veces de recordar las experiencias astrales que nos habían ocurrido durante el sueño de nuestros cuerpos físicos. A las siete salíamos en bicicleta, acompañados del señor Leadbeater y, generalmente, caminábamos hacia el fuerte de San George (Madrás) a una distancia de ocho kilómetros, regresando bien fatigados.» Tras un baño de aseo, empezaban las tareas escolares. Consistían éstas en una bien combinada práctica de los tres grados, poniendo énfasis en la necesidad de escribir con la debida puntuación, ortografía y claridad el inglés. Las tardes se dedicaban al tenis o bien a excursiones hacia la playa, que casi siempre terminaban con la clase de natación en el mar seguida por un baño de agua dulce antes de regresar para la comida de la tarde.

Por aquella época Krishnamurti y Nityananda cumplían todavía con los requisitos de su casta no comiendo alimentos cocinados en presencia de los no brahmanes, por lo que se apartaban de sus compañeros para ir a comer a su casa. Terminada la comida, acudían a las reuniones que se celebraban en la histórica terraza de la residencia central de la Sociedad Teosófica, durante las cuales fué dada aquella gran cantidad de conocimientos ocultos que posteriormente pasaron al mundo en libros como *La Vida Interna*, *El lado oculto de las cosas*, etc. A continuación, se reunían ambos jóvenes con otros residentes de Adyar, en el Santuario, para entonar un sagrado mantram bajo la dirección del señor Sitrama Sastri, gran amigo de los jóvenes, quien dirigía la meditación de la noche. Terminada ésta, marchaban a dormir. Los dos adolescentes dormían; mas no lo hacía así su grande amigo e instructor, por largas horas permanecía trabajando en el silencio de la noche, escribiendo libros, contestando cartas, etc. Posponía él este trabajo para la noche con el objeto de prestar constante atención durante el día a la educación de los jóvenes.

Fué por este tiempo cuando Krishnamurti empezó a escribir por las mañanas, y casi siempre a lápiz, su libro *A los Pies del Maestro*, maravilloso epítome de las enseñanzas que su Maestro le diera todas las noches en su casa de los Himalayas, adonde era llevado en su cuerpo astral. Algunos escépticos han insinuado, y aun han tratado de probar, que este adolescente no pudo escribir tal libro. A este respecto dice el capitán Clarke: «Gustoso doy mi testimonio personal y viviente de que yo sé que sí lo escribió porque lo vi *con mis propios ojos* hacerlo así día tras día. Había sido mi privilegio el ayudarlo a aprender el inglés, y en este idioma escribía lo que su Maestro le enseñó». Por otra parte, Monseñor Leadbeater hace la siguiente relación en su libro *Los Maestros y el Sendero*:

«Todas las noches tenía yo que llevarlo, en su cuerpo astral, a la casa del Maestro para que le fuera dada la instrucción. Dedicaba el Maestro un cuarto de hora cada noche para la plática, y al finalizar sintetizaba los puntos capitales de lo que había dicho en un pequeño sumario, el que era repetido al niño para que lo aprendiese de memoria. A la siguiente mañana él recordaba el sumario y lo escribía.

El libro consta de tales sentencias del epítome de la enseñanza del Maestro, hecho por El mismo y con Sus propias palabras. El muchacho las escribía un tanto laboriosamente, porque sus conocimientos del inglés no eran muy completos. Supo todas estas cosas aprendiéndolas de memoria, y no se preocupó mucho acerca de las notas que tomó.

Un poco después fué a Benarés con nuestra presidenta. Estando allá me escribió, cuando yo me encontraba en Adyar, y me suplicaba que reuniera y le enviase todos sus apuntes acerca de lo que el Maestro le había dicho. Arreglé las notas lo mejor que pude y las escribí a máquina. Entonces me pareció que, puesto que se trataba de las palabras del Maestro, sería mejor asegurarme de que no había habido equivocaciones al pasarlas al papel. Con ese objeto llevé al Maestro Kut Humí la copia que había hecho a máquina, rogándole que tuviera la amabilidad de leerla. El la leyó, alteró una o dos palabras aquí o allí y agregó algunas notas explicatorias y de enlazamiento, así como algunas frases que recuerdo haberle oído pronunciar. Después dijo: «Sí, esto parece correcto; con esto basta.» Y agregó: «Vamos a mostrarlo al señor Maitreya.» Y así fuímos

juntos. El llevó el libro, que fué mostrado al propio Instructor del Mundo, quien lo leyó y aprobó. Fué El quien dijo: «Deberíais hacer un hermoso librito con estas notas para presentar a Alcione al mundo.» Nosotros no habíamos pensado en presentarlo; no considerábamos conveniente el que una gran masa de pensamientos fuese concentrada sobre un adolescente de trece años y que estaba por empezar su educación. Pero en el mundo oculto hacemos lo que se nos dice, y, por tanto, el libro se mandó a la imprenta.

Todos los inconvenientes que esperábamos de la prematura publicidad se presentaron al punto; sin embargo, el señor Maitreya tenía razón y nosotros estábamos equivocados, pues el bien que ha producido ese libro sobrepasa con mucho a las molestias que nos trajo. Multitud de personas, millares literalmente, han escrito para decir cómo sus vidas han cambiado por completo, cómo todo se ha vuelto diferente para ellos desde el momento en que lo leyeron. Ha sido traducido a veintisiete idiomas, y se han hecho más de cuarenta ediciones incluyendo más de cien mil (1) ejemplares. Se ha hecho un trabajo maravilloso gracias a él. Sobre todo lleva el «imprimatur» especial del Instructor del Mundo que adviene; y lo que hace al libro más valioso es el hecho de que nos muestra, hasta cierto punto, cuál será su enseñanza.»

(Continuará.)

(1) En la actualidad se han multiplicado las ediciones, y los ejemplares pasan del millón.

ALEGRÍA DE VIVIR

¡Alegría de vivir!
Yo soy la fecunda, la inmensa, la santa ¡Alegría de vivir!

Yo vivo, yo existo, yo niego la muerte, yo niego el dolor!

¡Alegría de vivir, infinita alegría de vivir!

¿Hay algo más grande en la tierra, en el mar, en el cielo o en Dios?

¡Alegría de vivir, yo existo, yo siento, yo soy el amor!

¡Alegría de vivir, en mí todo existe,
los campos, los mares, el aire sutil!

Mi cuerpo es un vaso, la luz lo penetra, lo inunda la vida,
mi cuerpo es un vaso de fino cristal.

¡Alegría de vivir, yo soy una antorcha,
yo niego la sombra, yo soy la infinita,
la santa, la inmensa alegría de vivir!

La Fuente de Sabiduría

Por J. KRISNHAMURTI

(Conclusión)

V

Hay un pensamiento lánguido de depresión, un pequeño toque de tristeza, que cada uno de nosotros siente cuando se separa de aquellos a quienes quiere. Eso es natural y es humano.

Yo creo que todos nosotros hemos estado por algún tiempo en aquel jardín perfumado disfrutando de sus sombras, y hemos sido felices. Hemos conocido lo que es sentirse realmente dichoso. Hemos probado aquella felicidad. Aunque fuera por un solo momento, hemos vivido en aquella delicia, en aquel éxtasis, en aquella felicidad profunda, que viene cuando vivimos realmente en esa morada.

Una vez que hemos saboreado de aquella fuente de Sabiduría, que hemos escuchado aquella voz de la Verdad, todas las cosas, penas y dolores, como los que sentimos cuando nos separamos, desaparecen, porque cada minuto y cada segundo, cada día y cada año estamos creando a nuestro derredor aquel jardín, dondequiera que estemos. Estamos dándole a los otros aquella belleza, compartiendo con ellos aquel néctar de los Dioses.

Una vez que hayamos gozado de aquel Reino, debemos compartir con otros esa felicidad.

Debemos comprender que sólo hay una Verdad, una morada. Cuando real y sinceramente sentimos eso, el sentimiento de separación, de soledad, la sensación de ser diferentes a los demás, verdaderamente se desvanece. Y cuando tal cosa sucede, como ocurre a unos pocos en el mundo, entonces ellos se convierten en modelos para el mundo, en los tipos por los cuales comparamos, en los ejemplos a quienes mira el mundo.

Yo desearía, cuando nos separemos, que todos vosotros llevéis aquella felicidad, en vuestras diferentes formas y por diversos medios. Ya sea que la guardéis para vosotros mismos, o como el vendedor de perfumes que verdaderamente los disfruta, que la expreséis y la déis a otros. Pedidles que participen de ella, que se deleiten en el perfume que vosotros habéis recogido. Pero deberéis primero recogerlo, si deseáis compartirlo con otros.

Yo he sentido el profundo deseo de que os llevéis con vosotros el Reino de la Felicidad, que conozcáis esa felicidad, ya sea ella el producto de vuestra imaginación o de la mía.

En tanto que tengáis esta felicidad dentro de vosotros, y que hayáis sentido aquella verdad dentro de vosotros, y que exista aquel reposo y aquella tranquilidad, habréis en verdad probado y disfrutado de aquella fuente celestial, que es Sabiduría.

Aun cuando todos no podemos probar de la misma cosa al mismo tiempo y de la misma manera, siempre hay la certeza de que beberemos de la misma fuente.

Debemos desarrollar una pasividad sabia, una sabia tranquilidad, un sabio reposo. Pasividad sabia no significa estancamiento, porque mientras esperáis, podréis preparar el terreno. Arrancad todas las pequeñas hierbas, quitad todas las piedrecillas que lo estropean y lo afean. Destruid todas aquellas cosas que no producen, matad todas aquellas cosas que obstaculizan el crecimiento de la flor; aniquilad lo feo, lo pequeño, las trivialidades que se encuentran en los jardines creados por las almas pequeñas. Si podéis hacer esto vosotros, entonces desarrollaréis una sabia pasividad.

Cuando la canción se haya cantado, cuando haya hablado la verdadera voz de la verdad, tendréis dentro de vosotros un alma y una voz que respondan, y así podremos todos cantar juntos, de suerte que nuestra canción pueda llenar el aire e inundar los corazones de los hombres.

Cuando hayamos cantado juntos ese canto, cuando juntos hayamos sentido la Verdad, no habrá ya separación, y no habrá la idea de que

vosotros estáis dando y yo tomando o de que yo estoy dando y vosotros tomando. Todos viviremos en aquel jardín, todos sentiremos de la misma manera. Y, ¿cómo podrá entonces existir separación, o una idea cualquiera de que podamos ser el uno diferente del otro? Y este sentimiento, esta cualidad de sabia pasividad, si así puedo llamarla, da una tonalidad diferente, un aliento nuevo y una nueva comprensión.

Porque poseéis esta pasividad, esta tranquilidad ante cualquier cosa que se os haga, ante cualquier injuria, ofensa o daño, vosotros desarrollaréis vuestro corazón y vuestra mente por el recto sendero. No os endureceréis, ni guardaréis amargura, ni necesitaréis reprimiros.

Para nosotros, aun cuando fuésemos muy diferentes, o muy sabios, muy pequeños o muy encumbrados, en aquel jardín no caben comparaciones, ni hay diferencias, ni existe aquella lucha que nace de la individualidad, porque hemos perdido el sentimiento de separatividad. En tanto que escuchemos aquella música, que estemos respirando aquel aire perfumado, nosotros olvidamos y perdemos la ilusión de que nuestro propio yo es más importante que el de cualquier otro.

En aquel jardín deberéis embriagaros de júbilo, debéis llegar a ser como Dios.

Así es que debéis venir a este jardín de felicidad, a este Reino donde se encuentra la verdad, en donde está la eternidad. Una vez que hayáis penetrado en él, podréis en adelante salir y volveros a él.

Aunque haya sufrimiento, aunque haya dolor, podréis mantener dentro de vosotros aquel manantial burbujeante de bienestar, de satisfacción nacida de un divino descontento. Podéis convertiros en los portadores de la verdad para aquellos que no han probado la dicha que se goza en las alturas.

Debemos desarrollarnos naturalmente, ni batallar, ni esforzarnos fuera de los límites naturales. En tanto que poseamos la voz interna, todas las cualidades que juzguemos deber poseer y por las cuales luchamos, nos llegarán naturalmente.

Las gentes se preocupan por sus desgracias, por sus pequeñas cóleras y sus pecadillos. Todo eso no importa, porque carece de valor si se tiene el interno sentimiento de grandeza, de belleza, de perfección. Si de eso sois poseedores, con seguridad absoluta, nada en el mundo podrá sacudir vuestros cimientos. Podréis levantar piso sobre piso, elevaros más y más hacia las nubes y las estrellas, pero nada podrá estremeceros y vuestros cimientos no flaquearán.

Debéis entrar en este Reino; deberéis beber de esta fuente celestial; deberéis todos venir a mi jardín, desembarazaros de vuestra ignorancia, de vuestros conocimientos insignificantes, cuando entréis en él. Aquellas cosas que consideráis de importancia, aquellas cosas que juzgáis de valor, no tienen realidad, no pueden existir allí.

Si os preparáis sabiamente, si reflexionáis, si prestáis atención, entonces escucharéis este canto eternamente. Con él viviréis eternamente y eternamente seréis sus compañeros.

¿No véis vosotros que esto torna la vida mucho más hermosa, da frescura y tranquilidad a cada momento del día? Ese Reino y su conquista valen todo esfuerzo, todo dolor y todo júbilo.

Debemos salir y cantar esta canción a aquellos que no la han oído, que desgraciadamente no tienen oídos para escucharla. Para lograrlo, debéis venir a este jardín, recoger a manos llenas las flores que allí encontréis, llevároslas y derramarlas. No podréis dejar de dar, cuando poseáis. Porque en realidad no sois poseedores, es por lo que no sabéis dar. Una vez que tengáis, podréis dar siempre.

Dirijámonos todos a aquellas alturas en donde existe la perfección, en donde hay belleza, en donde existe el sentimiento de la unidad, de ser realmente amigos, realmente afectuosos. Entonces no os sentiréis atormentados por nada en la vida, no batallaréis, no padeceréis dolor, cosas que, aun conservando su sentido, se disuelven como cuando una gota de rocío se desprende de la hoja de loto. Como el loto, os desarrolláis saliendo de la impureza y del fango, y surgís a la hermosura, a la pureza, a la belleza. Tal es el Reino de la Felicidad.

Pero deberéis poseer la voz, aquella pura voz que os conducirá, aquella verdadera intuición que os guiará. Y una vez que la poseáis, seréis parte de Él, y en vosotros estará su morada. Allí está la belleza de vuestra vida entera, allí está la visión completa. Y no desearéis la conquista de mayores Reinos.

Una vez que le tengáis a Él, y que Él hable por vosotros y vea por vuestros ojos, sabréis lo que significa el canto del viento a través de los árboles, el brillo de las estrellas, el amor del ser humano.

Vosotros seréis todo y Él estará en vosotros.

Por eso os excito, os imploro para que vengáis

Yo cambiaría, si pudiese, por los vuestros mi corazón y mi mente, porque yo tengo aquéllo y algunos de vosotros no.

Una vez que lo hayáis obtenido, desearéis compartirlo, porque no podréis entonces ver o tolerar la aflicción o el dolor en otros. Este deseo es una cosa natural y hermosa, nada sobrenatural ni extraordinaria. Por cuanto habréis llegado a ser el origen de las cosas, los creadores de ellas, querréis mudarlas, crearlas, para convertir lo feo en hermoso y hacer dichosas a las gentes infelices.

Por esa razón vale la pena ascender, luchar, para ganar así el Reino de la Felicidad.

Deberéis entrar en aquel jardín, vivir en él eternamente, sentir, tantear, batallar constantemente hasta alcanzarlo. Entonces cesaréis de esforzaros y existiréis como una flor bajo la luz del sol, irradiando belleza, satisfacción y perfume sobre todos los que pasan.

Por esta razón Él viene a enseñaros la conquista de aquel Reino de la Felicidad.

El sentimiento de separatividad, la sensación de ser uno diferente de los demás no existe allí. Lo que tiene allí importancia es que todos sean felices y que beban de esta fuente. Tal es el Ideal, tal es el Reino.

Yo siento con frecuencia que no gozamos interiormente lo bastante. Estamos en la vida cargados de tantas cosas, con nuestras familias, con nuestros amigos, nuestras tribulaciones y fugaces pensamientos. Cuando hayáis desatrancado la puerta que conduce al Reino de la Felicidad, entonces todas esas cosas se desvanecerán. No os atormentaréis con las virtudes ni con el pecado, porque estaréis allí en el centro de la luz, en el manantial de la felicidad, y estaréis allí para atraer a otros y darles consuelo.

VI

Yo me pregunto, si se me permite ser algo personal, cuánto ha ganado cada uno de vosotros efectivamente, cuánto habéis acumulado durante nuestro campamento ahora que tenemos tiempo de pensar, de observar y considerar.

En cuanto a mí, yo he aprendido mucho. He aprendido a sentir verdadera excitación, en el buen sentido, en el mejor sentido posible; porque vosotros, al ejecutar algo, debéis ejecutarlo con intensidad; y con la excitación debéis poseer también su opuesto, el reposo; debéis habituaros a mantener la excitación bajo dominio.

He aprendido realmente una cosa, esto es: a no tener confianza en ningún ser humano. No debéis interpretarme mal, porque eso no tiene nada de extraordinario. Mas para vuestro bienestar en lo espiritual, mental y emocional, no debéis estar ligados a nada. Si deseáis crear, si queréis pensar y sentir intensamente, debéis desentenderos y desligaros de vuestros afectos personales y estrechos; de todo aquello que os ate. Hasta entonces no estaréis en condiciones de juzgar, de escudriñar y de sentir las cosas en sus verdaderas proporciones.

Voy a poneros un ejemplo. Recuerdo una vez, estando en la estación ferroviaria de Benarés (la ciudad sagrada de la India), haber visto un Sannyasi, persona que ha hecho abandono del mundo y ha adoptado la túnica de la iluminación, y que lleva en la mano la escudilla de la felicidad. Y allí estábamos unos pocos de nosotros y algunas gentes alrededor. A corta distancia estaba el Sannyasi, con mucha dignidad, lleno de calma, con una mirada fría en sus ojos; no dura, pero como si pensase: «¿Qué hacen todas estas gentes, con sus guirnaldas, sus «achkans» (1) y todas sus posesiones?» Allí estaba él con su sayal y su báculo en la mano, y se veía tan feliz, porque en realidad lo era; capaz de juzgar todo lo que le rodeaba, desde aquel independiente punto de vista. El mundo no podía ofrecerle nada, porque cuando un hombre lo abandona alcanza la verdadera satisfacción, no la satisfacción del estancamiento. Era capaz, así, de desligarse por completo de todas las cosas pequeñas. Y yo he aprendido a hacer eso durante todos estos días de excitación, energía y trabajo.

Una vez que hayáis aprendido a desprenderos hasta cierto punto, aunque sea poco, gozaréis de la vida mucho más. Las cosas que experimentamos son entonces como vestiduras para nuestro adorno, las cuales nos ponemos o nos quitamos sin identificarnos de ningún modo con ellas. Y esta es la primera cosa que yo he aprendido.

Yo estoy exponiendo todo esto ante vosotros para ayudaros e incitaros a que busquéis por vosotros mismos cómo respondéis a los hechos y si ellos os han dejado señal, sea superficial o profunda, después de la experiencia. No es preciso que lo contéis a nadie, pero sí deberéis reflexionar sobre ello por vosotros mismos.

Debéis pensar por vosotros qué habéis obteni-

---

(1) Casaca india.

do, cuál ha sido el resultado de todos estos sucesos. Porque cada cosa insignificante, cada pequeña cosa, cada pensamiento pequeño, si se usan propiamente, producen un gran resultado al reflexionar después. Así llegaréis a ser personas diferentes cada día.

Yo he cambiado tanto durante esta quincena, por dentro y por fuera, mi cara, mi cuerpo, mis manos, todo mi ser ha cambiado. Esa es la única manera como podemos respirar el aire fresco de vida; mediante este cambio constante, constante inquietud, desasosiego constante.

Esto es lo que constituye la diferencia entre el genio y el hombre común. El genio tiene constantemente dentro de sí un volcán, creando dificultades y disparando llamaradas a los cielos; mientras que el hombre común marcha siempre en calma sin producir esas llamaradas, sin disparar esas estrellas a los cielos.

Si existe ese tremendo desasosiego, estaréis siempre buscando, estaréis siempre deseosos de aprender, tanto de las grandes cosas como de las más triviales de la tierra. Estamos acostumbrados a buscar las grandes cosas de la vida sólo en medio de los majestuosos árboles. Esa es la segunda cosa que he aprendido.

La tercera cosa que he aprendido se refiere al amor. Lo que llamamos amor, amor humano, amistad humana, es algo vital. Vosotros deberéis sentir amor humano; pero hay todavía una etapa más, y es cuando crucéis los límites del amor humano para penetrar en el reino del amor divino.

Entonces podréis sentir que, ya sea que os halléis en medio de miles de personas de vuestro agrado y que gusten de vosotros, o que estéis rodeados de mayor número de miles que os sean indiferentes y aun que os sean adversas, estaréis inconmovibles. Podréis experimentar perturbaciones superficiales; los vientos que pasan pueden encrespar la superficie del lago; pero si profundizáis dentro de las aguas, encontraréis la solidez de lo profundo y de la paz inconmovible.

Vosotros seréis diferentes personas después de haber penetrado en aquel dominio del amor, y eso es lo que todos nosotros deseamos. Todos sentimos hambre de cariño, yo tanto como cualquiera otro. Si demostramos a otros un poco de afecto, notaremos al momento en sus semblantes verdadero regocijo. Pero esto es sólo un escalón para ascender a aquel Reino de la Divinidad en donde vosotros mismos os convertís en amor.

Una vez que hayáis crecido hasta aquella estatura, no os afectará que os quieran o no, que alguien os ame o ame a otro, porque seréis la esencia del amor.

A menudo me imagino que una hermosa y enhiesta montaña, aun cuando la admiración le sea grata y grato el humano aprecio, siempre es grande; ya la admiremos o no, siempre será hermosa. Lo mismo debe sucedernos a nosotros. Nos sentimos solos, nos sentimos deprimidos; de esas cosas debemos escapar.

La cuarta cosa que he aprendido es observación y adaptabilidad. Por medio de la observación aprenderéis vosotros; por medio de la observación viene la adaptabilidad.

Yo quisiera agregar una cosa más. Todos nosotros los que hemos estado en este campamento, hemos vivido en contacto con la Naturaleza, en contacto estrecho con las nubes y las estrellas, y todas las grandes cosas del mundo. No regreséis para ocuparos en hacer cosas pequeñas, no os rebajéis; ¡manteneos alerta! Es, en realidad, más fácil ejecutar las grandes cosas que las pequeñas. Si debéis caer, caed de un piso treinta y tres, pero no os resbaléis sobre el pavimento.

Yo os aseguro que encontraréis verdadero gozo en la vida a través de esta visión de felicidad eterna. Para mí es la vida ahora mucho más hermosa que antes, porque yo tengo continuamente conmigo esta Felicidad. Yo llamo, llamo a puertas que están cerradas y que deseo abrir.

Si vosotros alcanzáis esa felicidad, no desearéis ninguna otra cosa en la vida. Seréis absolutamente independientes. Seréis felices sin las complicaciones que consigo trae una felicidad ordinaria. En vosotros está la fuente de toda felicidad.

El Afianzamiento de la Paz

POR LA PREPARACIÓN PARA LA DEFENSA

POR CALVIN COOLIDGE

I

(Este articulo, del que tomamos los párrafos más interesantes, es el primero de una serie de tres, escritos por el expresidente de los Estados Unidos, sobre el más apasionante de los problemas del mundo: el afianzamiento de la paz.

LA ESTRELLA *no se hace solidaria de todas las opiniones vertidas en este escrito, pero atenta a dar a los lectores las pulsaciones del mundo en lo relacionado con sus terribles problemas, se apresura a dar a conocer las últimas y más autorizadas opiniones).*—Nota de la Editora.

El deber primordial de un gobierno es conservar el orden. Se nos dice que la ley del orden es la primera ley divina. En nuestros días hemos llegado a considerar el estado de orden como algo existente *per se* y que damos por concedido. Pero ello no es así. En realidad esto es algo bien difícil de mantener; así nos lo recuerdan constantemente las oleadas de crimen y las amenazas de la guerra. El orden es de primera importancia, ya que sin él no nos sería posible tener libertad ni progreso. La propiedad perdería su valor, no habría seguridad en los hogares y la vida estaría en constante peligro.

Cuando llegan los momentos de prueba, los hombres prescinden de todos sus derechos humanos para obtener seguridad y protección. Cuando la anarquía pone en peligro un estado, siempre aparece un dictador militar, porque los pueblos prefieren la dictadura al desorden de las turbas.

Podemos darnos cuenta de lo que ocurriría en tiempos de desorden. Las reuniones religiosas terminarían; las escuelas cerrarían sus puertas; las fábricas quedarían ociosas; cesarían los transportes; los bancos quedarían en suspenso; los pagos no se harían más: todos los documentos, hasta el papel moneda y los bonos del Estado, serían de valor dudoso. El oro, la plata y piedras preciosas se ocultarían; todas las ciudades estarían amenazadas de hambre y la existencia quedaría reducida a los principios de fuerza y astucia personales. La civilización daría lugar a la barbarie. Las pérdidas de vidas serían enormes. Este cuadro no está pintado con colores recargados. Todos sabemos que en Europa y en Asia se han dado estos casos en nuestros días. Lo mismo nos ocurriría si el orden y la ley fueran suspendidos por treinta días.

Estas condiciones se presentan, ya por una guerra e invasión externas o bien por conflicto y revoluciones internos. Hay veces en que este estado es el resultado de causas exteriores e interiores al mismo tiempo. Cuando estas circunstancias se manifiestan, los habitantes de un país se encuentran todos en peligro. Si el gobierno pierde el poder de conservar el orden, pierde el poder de dar protección a los habitantes. En tales circunstancias, los ciudadanos abandonan al gobierno y recurren a quien consideran capaz de restaurar el orden. Tal es el caso de los países que han estado sujetos a frecuentes revoluciones. Siendo el gobierno demasiado débil para proporcionar la seguridad, el pueblo no encuentra motivos para defenderlo y aprovechan la oportunidad de destruirlo con la esperanza de que un cambio ha de traerles algo mejor.

La protección de los nacionales que viven fuera del territorio de su nacimiento, pero cuyas leyes cumplen y obedecen, es un deber que todo ciudadano tiene el derecho de exigir de su gobierno. Por otra parte, el gobierno tiene interés en el ciudadano y sus propiedades donde quiera que éstos puedan encontrarse. Son parte de los recursos de la nación; el dañarlos, es dañar a la nación; al proteger a sus nacionales, tanto fuera como dentro de su frontera, la nación se protege a sí propia; el descuidar o negarse a cumplir con estos deberes, es un suicidio nacional.

Este principio está tan bien comprendido y de tan largo tiempo establecido que los estados conceden a los demás países, en el caso de que los

derechos de sus nacionales sean amenazados o violados, el privilegio de enviar sus fuerzas navales o de otra clase para proteger sus intereses sin que esto sea considerado como un acto de guerra.

Uno de los métodos que los gobiernos tienen para conservar el orden para poder guardar a sus ciudadanos de perturbaciones domésticas o de hostilidades externas, es conocido con el nombre de la preparación para la defensa nacional. El grande objetivo que persigue es la paz para el ciudadano, paz fuera y paz dentro. La preparación para la defensa empieza desde el guardia urbano hasta las grandes fuerzas de mar y tierra y sus grandes fortificaciones y sus bases. No los tenemos con el propósito de hacer la guerra, sino con el de conservar la paz. La habilidad de proteger a sus nacionales dentro y fuera de sus fronteras dándoles las seguridades que sólo pueden venir de una administración basada en el orden y en la ley, es peculiarmente el primer requisito de todo gobierno, y es en tan alto grado su obligación, que la ley de las naciones no puede reconocer como tal a un gobierno que no cumple con estos sus primordiales y mayores deberes de proteger a los individuos de su nación.

Continúa dando una serie de cifras, haciendo la enumeración de los elementos de las fuerzas de tierra demostrando con números que en un momento dado tienen los Estados Unidos hombres reclutados y con instrucción militar competente para poner en pie de guerra un millón de hombres.

El numerario de las fuerzas navales es inferior al de las fuerzas de tierra, y dice el antiguo presidente que es a causa de que la armada es posterior al ejército. El número total de los hombres de la armada es de 199.178.

Afirma el autor que los ejércitos de mar pueden ser pequeños porque está la nación en paz y sin peligro de ser atacada; sostiene sin embargo que precisa mantener una fuerte armada a causa de que la defensa de sus distantes posesiones se impone.

Los ejercicios y prácticas de tiro de la armada tienen como objetivo el capacitarse para hacer un fuego efectivo y constante sobre el enemigo.

Continúa determinando la cantidad que se precisa para sostener estas fuerzas, que no es menos que 670.000.000 de dólares por año; a esta suma llama él la contribución de los Estados Unidos para el afianzamiento de la paz, y continúa tratando el asunto en la siguiente forma:

No se ha encontrado una manera más segura para hacer la paz que la conservación de estos efectivos de guerra. Puede haber divergencia de opiniones en cuanto a cuáles pueblos están más aptos para disfrutar de la paz, si los que se preparan para la defensa o los que la descuidan. En último análisis, este asunto debe determinarlo la humana naturaleza. Todos sabemos que si dejara de existir la policía urbana, nuestras ciudades serían saqueadas en veinticuatro horas. Y tengo, por mi parte, fuertes motivos para suponer que si solamente una nación estuviese dotada de ejército y marina, los demás pueblos serían rápidamente invadidos por ésta. Y llevando la suposición al extremo imaginando que tal nación fuera la nuestra, sé que encontraríamos prontamente un pretexto para hacerlo así. Pero cuando sabemos que otras naciones tienen una considerable habilidad para defenderse, nuestra humana naturaleza nos hace mirarlos con todo respeto y ser más cuidadosos para no ir a violar sus derechos. Volviendo este asunto del otro lado, fácil es darnos cuenta de que si los demás pueblos nos saben bien preparados, se mirarán mucho antes de intentar ofendernos.

DEFENSAS ADECUADAS

De este principio podemos deducir lo que es necesario para tener lo que podría llamarse una adecuada defensa nacional. Estas defensas deben ser lo suficientemente poderosas para que los otros pueblos puedan darse cuenta del peligro que implicaría para ellos la comisión de alguna ofensa en contra de nosotros. Tampoco debieran ser tan poderosos que nuestro pueblo se sintiera impune al atacar a otros. Sin tomar en cuenta el elemento de un deseo de paz y a veces la voluntad de hacer justicia y reduciendo el asunto a la sola cuestión de fuerza, mi opinión es que dos naciones tienen menos probabilidades de llegar a un conflicto armado si cada una de ellas tiene un moderado efectivo para la defensa nacional, siendo este efectivo lo suficientemente poderoso y adecuado sin embargo. Sostengo la opinión de que la guerra se hubiera desarrollado en Europa mucho antes de 1914 si las naciones no hubieran estado preparándose para resistir ataques. Creo también que algunas de ellas estaban preparadas con demasía. La competencia en los armamentos había llegado a ser tan intensa, que las cargas de los gastos llegaron finalmente a un punto en que había una enorme necesidad de luchar, porque de otra manera su coste hacía imprescindible la reducción de los armamentos. Las defensas apro-

piadas no requieren necesariamente un regreso a las condiciones que antes existían, sino más bien tienden a evitarlas.

Hay otra lección que podemos aprender cuando consideramos aquel período de guerra mundial. Una de las más fuertes características de la humanidad es su determinación de ser libre. Esto puede necesariamente rendirse a la seguridad inmediata, pero siempre será mirada como un expediente temporal, y constantemente se esperará el momento de sacar de las anormales circunstancias la obtención de nuevo de la ansiada libertad. Si una nación o un grupo de ellas se arma extraordinariamente de forma que otra nación o grupo sienta que sus libertades pueden estar en peligro, se determinará una reacción de resentimientos y hostilidad, y por sí sola puede determinar un estado de guerra. Esta es una limitación práctica para todos los intentos de conservar la paz solamente teniendo grandes armamentos. La idea debe ser que el ofensor, ya sea un individuo o una nación, pueda ser dominado por la fuerza, pero que no debe emplearse esta fuerza para imponer sobre una masa considerable de individuos un sistema que sea reconocido por los cartabones generales de la humanidad como de injusticia y servidumbre. Semejante imposición determinaría en los pueblos una actitud tal, que preferirían morir a someterse. Por otra parte, aunque un poderoso ejército y marina pueden ser muy útiles para proteger a una nación de un ataque injusto, no pueden servir de garantía en contra de la guerra. La preparación para la defensa me parece más necesaria en el mundo tal como está en la época presente; pero es bueno reconocer que hay límites más allá de los cuales no puede servir para conservar la paz.

LA OPINIÓN PÚBLICA

En las relaciones entre los hombres, el ofendido puede acudir a los tribunales y sacar un fallo que le devuelva sus bienes o que lo resarza de las ofensas que haya sufrido. El saber esto bien puede considerarse como una enorme fuerza restrictiva. Un sistema análogo en la administración de la justicia internacional se está perfeccionando en los métodos de arbitraje y la Corte Mundial. Pero independientemente de eso, con la difusión general de la información, tenemos un más inapelable tribunal, y éste es el de la opinión pública de la sociedad. El conocimiento universal de que la opinión pública de un pueblo tiene tras de sí una fuerza armada a la que puede llamar para ejecutar sus decretos, es también una enorme influencia restrictiva. Se tiene también la idea de que una debilidad manifiesta invita la agresión, de suerte que si un gobierno no puede proteger sus derechos y los de sus nacionales, éstos pronto serán tan fuertemente violados que la opinión pública se levantará en una actitud tal de ofensa que precipitará a la nación en una guerra. En nuestro propio caso se ha admitido generalmente que los Poderes Centrales de Europa creyeron que una inmoderada campaña submarina atacando los derechos de los Estados Unidos podrían hacerlos ganar la guerra porque nosotros haríamos efectivas nuestras fuerzas. En tanto que nuestra falta de preparación, que demostraba nuestras pacíficas intenciones, nos colocó en el caso de entrar en la guerra, y probablemente si nuestra preparación hubiese sido mayor nuestra oportunidad de conservar la paz hubiese sido más grande.

Mientras he discutido ampliamente la conveniencia de evitar la guerra intensificando la defensa nacional, se me ha presentado otro aspecto de la cuestión que es igualmente de la mayor importancia. Tal vez el de la paz sea un ideal digno sólo de las futuras generaciones que tengan una organización más perfecta que la nuestra. Entre tanto debiéramos tomar todas las posibles precauciones para evitar la guerra, y una de éstas es la defensa adecuada. Pero debiéramos también tomar todas las precauciones para protegernos en la mayor extensión posible contra sus fatales consecuencias si nos llega a venir. El ejército y la armada sirven para el doble propósito de la evitación de la guerra y para la defensa en el caso de que ésta sobrevenga.

El individuo y la raza no han progresado lo bastante para rebasar el punto en el que necesiten los efectos y enseñanzas de la disciplina. No solamente requerimos la existencia, sino la externa manifestación de la autoridad. El uniforme del guardia no es tan sólo un símbolo de protección, es también un fuerte suplemento de refuerzo para la determinación de que el bien ha de hacerse. La habilidad de sufrir las imperfecciones de la paz se fortalece grandemente por el conocimiento de que los estragos de la guerra son mucho peores. La parada al atardecer, la marinería haciendo ejercicios en la arena, dan un reflejo de la seguridad y de la autoridad que la bandera de otra manera no tendría.

LA OBTENCIÓN DE LA VERDAD

Por J. KRISHNAMURTI

La comprensión de la Verdad nos llega por la plenitud de la vida, y por darle la más amplia perspectiva para su expansión es como se obtienen la liberación y la felicidad. Quiero hacer de esto la base de todo pensamiento y de todo sentimiento, porque yo sostengo que la liberación es la meta que ha de alcanzar toda la humanidad. Cuando hayáis visto esa meta, ya seáis artistas, músicos, estadistas o educadores, crearéis bajo la sombra de la eternidad y no a la sombra de lo manifestado. La mayor parte de las gentes del mundo están enredadas en el presente porque no quieren llamar a lfuturo. El presente es un inmenso fantasma y en su sombra crean sin comprender lo eterno.

Había una vez un hombre que deseaba comprender la verdad. Fuése a buscar un Gurú, un Maestro, y preguntóle si podía tomarlo por discípulo. El Gurú respondió: «No tengo tiempo que dedicarte, así es que hazme el favor de marcharte». Y el hombre se fué, pero regresó al poco tiempo y pidió al maestro que lo tomase y le enseñara el camino hacia la verdad. Volvió a decirle el maestro: «No tengo tiempo que dedicarte, haz el favor de irte». Pasó algún tiempo y el buscador de la verdad persistió en su demanda. Y el maestro le dijo: «Ven conmigo», y llevólo a un estanque cercano lleno de agua. Entraron ambos en el estanque y el maestro mantuvo al aspirante debajo del agua por largo tiempo. Cuando estaba a punto de ahogarse el maestro lo soltó y le preguntó qué era aquello que más deseaba cuando estaba debajo del agua. El hombre replicó que lo que más había deseado era el aire. El maestro dijo: «Cuando tu anhelo por la verdad sea tan desesperado como tu deseo de aire, la obtendrás».

Quiero despertar en vosotros el mismo ardiente deseo, el mismo anhelo de alcanzar la verdad que tiene el que se está ahogando, por el aire. La verdad sólo puede ser alcanzada cuando deseáis llevar la vida y no evitarla o temerla; cuando no la evitáis o la retorcéis, o tratáis de guardarla en el encierro de las comodidades y de la existencia fácil, sino que deseáis el dolor, el placer, la pena y el gozo y los dejáis que llenen vuestro corazón hasta desbordarlo.

Mientras que vuestra meta sea irreal, la Verdad será igualmente irreal, y así creáis barreras innumerables entre vosotros y la eterna meta. Porque en

cada mente existe el deseo de evitar las experiencias de la vida, se levanta la ilusión del bien y del mal. Todas las religiones sostienen que conquistando esto y evitando la tentación, podréis comprender la verdad, que por hacer el bien podéis esperar el entrar en los cielos. Para mí, eso es la evasión de la vida más que su plenitud. Una vez que hayáis establecido por vosotros mismos lo esencial que es la búsqueda de la Verdad, todo lo demás se hace poco esencial e inútil y la tentación deja de ser un problema.

Para ayudar a los hombres a vencer la tentación, se han establecido fundaciones basadas en creencias, dogmas y temores. Una araña teje su tela con exquisito cuidado y delicadeza, pero cuando el viento se agita, la intrincada red es destruída en un instante; así ocurre cuando soplan los huracanes del dolor y la tempestad de la duda estalla, aquello que habíamos creado para conquistar la tentación, es destruído y desaparece.

Tenéis innumerables teorías y credos, y sin embargo, cuando se os muere alguno a quien amáis, os viene una inmensa soledad; vuestras teorías, vuestras doctrinas no llenan de ninguna manera ese vacío. En tanto que, si tratáis cada incidente como un paso hacia la plenitud de la vida, como una experiencia que os permita crecer y aproximaros a vuestra meta, entonces llamáis todas las cosas a vuestro corazón, el dolor y el placer y lo que os parece bien y mal.

Las gentes se ocupan de la política, de la educación, del servicio y de las innumerables actividades que les ayudan a olvidarse de sí mismos; pero yo sostengo que cuando la vida interna no se ha llenado, cuando a esa vida no se le ha dado toda amplitud para su desarrollo, hay solamente la certidumbre del dolor y la miseria. Para completar la vida debéis recibir bien y meter en vuestro corazón toda experiencia, por desagradable o deliciosa que sea. No puede haber otra meta para la humanidad que la plenitud de la vida, la que sólo puede llegar si sois por completo vuestros propios amos, si no dependéis de autoridad externa, o del apoyo de las religiones, o de la evitación de las tentaciones.

Como baja la lluvia sobre las tierras abrasadas, así es presentada la Verdad ante vuestra mirada. Y así como la lluvia de nada sirve en las tierras que no están preparadas, talmente la verdad no hará crecer su semilla en vuestra mente y en vuestro corazón si no hay en vosotros mismos la lucha para dar a vuestra vida su plenitud.

Para mí, la única meta, el único mundo que es eterno, que es absoluto, es este mundo de la verdad. Este mundo no se nos impone, no puede ser discutido, ni se puede emitir sobre él una opinión. Pero si habéis preparado el suelo y queréis sembrar las semillas de la verdad con cuidado y deleite exquisitos, entonces por vuestros propios pasos entraréis en este mundo. Al

presente, la verdad, la felicidad y la libertad de la vida son solamente palabras, a las que dais vuestra personal interpretación, amplia o estrecha, agradable o desagradable. Yo quiero crear tan ardiente deseo en vosotros de encontrar la verdad, que la única cosa que es eterna permanecerá y todo lo demás será barrido como una nube por el viento.

El deseo de ser vuestro propio amo, sin descansar sobre autoridad alguna ni construir sobre esperanzas, ni de escapar del temor ni de evitar las tentaciones, sino de trascenderlas, es ajeno a la mayoría de las gentes. Casi todos vosotros estáis siendo llevados hacia el cielo por la engañosa esperanza que se os mantiene delante; pero no hay cielo ni esperanza en él en sentido absoluto, estas son creaciones de la mente de los hombres, y por eso no pueden tener el sello de la eternidad.

Debéis ser discípulos verdaderos de la eterna Verdad, discípulos llenos de comprensión y no simplemente imitadores que repiten las ideas o las palabras de otros. Sed creadores de vuestra propia vida sin forma. Las gentes en su mayoría adoran una idea y se apegan a su forma y se olvidan del inmenso mundo que vive tras de todas las formas; no se trata de un mundo misterioso o escondido, sino de un mundo que existe dentro de cada uno de nosotros y que es encontrado sólo por cada uno.

Cuando la vida no está llena hay sitios vacíos y tales sitios vacíos producen torbellinos de dolor y de sufrimiento y lucha constante. Al llenar esos espacios vacíos es cuando la vida fructifica.

No anhelo otra cosa en la vida que tener la capacidad de perder el yo separado, porque entonces seré capaz de olvidar el yo y de identificarme con el resto del mundo.

«Reino de la Felicidad».—J. Krishnamurti.

¿Qué debería enseñar la ética?

Por PAUL JOHNSON, Dr. en Medicina

(Conclusión)

¿Cuál era el deber ético de este joven? Dudar inteligentemente y sin temor de la tradición moral de sus padres. Obedeció a su padre en vez de obedecer a su duda momentánea; pero otros miembros de las tribus primitivas en algún tiempo deben haber dudado con toda efectividad de sus tradiciones, o de otra manera todos nosotros estuviéramos ahora obrando conforme a tan groseros conceptos de bondad como estos. Nuestros remotos antecesores tal vez no tuvieron exactamente una tan salvaje costumbre, pero tuvieron otras igualmente desagradables para nuestro gusto moral, y enseñaron a sus hijos con todo el poder de que disponían a cumplir con esas costumbres que consideraban buenas. Tal vez el guerrear moderno resulte tan desagradable al obligarnos a matar indefensas mujeres y niños sólo porque pertenecen a otra nación, a la de nuestros enemigos. Hemos avanzado un poco en el progreso moral, pero la distancia que hemos recorrido nos señala la urgente necesidad de dudar más de manera inteligente para que la siguiente generación camine más allá de nuestros fracasos morales.

Si nuestras dudas son realmente inteligentes, no se detendrán aquí, sino que harán presión para llegar a cumplimentar su visión crítica. La ética debe enseñarnos a apreciar valores. El fracaso de nuestra moralidad convencional y habitual es un vacío formulismo. El código moral que hemos heredado de nuestros antepasados debe seguir siendo la moral de nuestros padres, pero no la nuestra. Para ellos es una experiencia vivida surgida de su fuente de juventud; para nosotros es algo de segunda mano, marchito, inerte; es una masa de reglas que tiene la forma, pero no el poder de la rectitud.

Cada generación debe ganar de nuevo los valores que quiera tener, porque los bienes morales del pasado son obtenidos solamente por un nuevo descubrimiento. En suma, que cada individuo debe ser el creador de sus valores si quiere poseerlos, no sólo una vez, sino constantemente para conservar su propio bien.

Bosanquet sostiene que la mayor parte de nuestros fracasos morales, sociales e individuales son el resultado de nuestra estupidez. Y por estupidez no quiere él dar a entender ignorancia o falta de agudeza intelectual, sino «una ceguera no de los *hechos* o *verdades*, sino de los *valores*». Es una especie de indiferencia que carece de responsividad o adaptabilidad; es una incapacidad de ver. Estamos maldecidos por la estupidez de la guerra, de un mal ajuste social, de injusticia, de mala administración de los bienes de la vida, porque no vemos claramente sus valores. Cree él que no somos lo suficientemente duros contra la estupidez.

La finalidad de la ética es la de curar precisamente esta clase de estupidez, la de despertar de nuestra descuidada ceguera y enseñarnos a percibir los valores. No todos los valores pueden ser reunidos en un código solo, la ética debe estudiar todos los códigos. El estudiante de ética que ansiosamente busca los valores dondequiera que éstos puedan ser encontrados, buscará por cielo y tierra para hacer no un prosélito sino un valor más. Buscará por medio de la crítica y la comprensión el ensanchar, como dice Kant, «la vereda en las montañas». La estrechez del provincialismo moral que ciega a los hombres a todo otro bien que no sea el suyo puede ser vencida por una simpatía histórica y cultural con los demás. Así la ética camina por los senderos históricos no simplemente para dominar los hechos secamente, sino para comprender y apropiarse los valores que han surgido para otros pueblos. Así lo definió Marco Aurelio: «Nada de lo humano me es extraño».

Esto es, sin duda, lo que Sócrates quiso expresar al declarar que el conocimiento es una virtud. Parece claro que un estrecho conocimiento intelectual de hechos desnudos no podía satisfacer a

este pensador práctico, sino más bien el más profundo conocimiento de la comprensión. La comprensión es la base de la apreciación y Spinoza tenía el recto orden de procedimiento cuando dijo, al principiar su investigación ética: «Estoy determinado simplemente a comprender las acciones de los hombres sin llorar o reir por ellas». Así en toda situación moral la ética preguntará «¿Por qué?» Frente a todo acto moral o inmoral la ética buscará la secuencia de causa y efecto los motivos internos y sus consecuencias externas. Ante todo mandato moral la ética insistirá en saber la razón, para que su propósito sea apreciado y su deber impuesto por sí propio. Ver claramente los valores es comprender el significado y la importancia de la humana conducta.

Pero ninguna descripción de la humana conducta, aunque incluya la consideración de factores casuales, agota una ciencia de valor. El estudio de los valores da normas, es decir, trata de lo que debiera ser. La conducta humana tal como es, bien pudiera ser un problema moral, pero ese problema tiene su fuerza e impulso a la luz de la humana conducta, como debiera ser. Los valores humanos que la ética busca no son solamente las metas ya alcanzadas; de otra manera nada se dejaría al esfuerzo. Un valor lo es porque, en parte a lo menos, es un ideal más allá de nosotros, tratando siempre de sobrepasar las adquisiciones actuales.

Todo código útil, como lo señala Hobhouse, es «un arreglo entre el individuo y la sociedad». Los códigos legales se construyen en torno de los conceptos del hombre prudente. Los códigos morales se ajustan a las limitaciones del hombre común y representan un rebajamiento de los ideales de los miembros más adelantados del grupo.

Así la moralidad convencional es un término medio entre la más alta y la más baja conducta de los miembros del grupo. Representa lo mejor que pudo haberse hecho en aquel tiempo con el material humano de que se podía disponer. El código moral es más o menos efectivo para elevar la conducta de la mitad sumergida, obligándola a medirse con la regla de la conducta media.

Pero es fácil observar que si la mitad más avanzada del grupo bajase sus ideales de moralidad para conformarlos con los de la otra mitad, la moral de todo el grupo sufriría una seria detención. La ética, por consiguiente, toma la tarea de mantener las metas de la vanguardia del grupo. En su devoción al progreso moral la ética llama la atención hacia el ideal, puesto que los valores no han sido realizados aún, y señala el camino para ir a una tierra mejor. La ética es el guardián de lo mejor que el grupo ha descubierto, y es la exploradora de algo mejor no revelado aún, su voz profética manifiesta la satisfacción con las ganancias del pasado e impulsa a la obtención de nuevos valores no percibidos aún.

Bueno es detenernos en este punto y hacer frente a dos dificultades que se presentan ante este concepto de qué es lo que debiera enseñar la ética.

1. Si la ética es la apreciación de los valores, queda la duda de si éste es asunto que pueda ser enseñado. La apreciación es un arte tan delicadamente subjetivo que no puede ser pasado atrevidamente de maestro a discípulo. Es algo, como ya lo hemos dicho, que cada uno debe descubrir por sí mismo. Puede ser fácil, como lo sugiere Bosanquet, el enseñar algo acerca de la ética, hablar del asunto, pero enseñar ética es otra cosa.

2. Si la ética impele a buscar los valores en códigos que están en conflicto, el dudar de su tradición y pesar cuidadosamente de todos los lados de todas las cuestiones ¿no defraudaría la meta de la buena conducta posponiendo indefinidamente todo comportamiento? El ser atrapado en las garras del conflicto tiende a llevarnos a un callejón sin salida, y al enseñarnos a dudar, pronto nos meteríamos en la vacilación. ¿Es la «parálisis del filósofo» la mejor descripción para resolver el problema de la conducta moral?

La primera dificultad está bien presentada y resuelta por Richard C. Cabot en su estudio sobre «La ética y la educación». Compara la enseñanza de la ética con la enseñanza de la música:

«No podemos escuchar, tocar ni componer en lugar de otro, pero sí podemos hacerle dirigir su atención hacia algo que él no haya escuchado antes, podemos compartir con él nuestros entusiasmos, que, a menudo son contagiosos, podemos ayudarle para que siga trabajando en esa mina de la cual él solo ha de sacar sus propias pepitas de oro de belleza... Por el énfasis, el análisis, la interpretación se puede llevar al estudiante a las fuentes de la belleza y aunque no podemos obligarle a beber, sin nuestra ayuda tal vez nunca hubiese llegado por sí solo a tales lugares.»

Así, pues, su conclusión es que si la ética no puede ser enseñada, tampoco pueden ser enseñados el arte, la literatura, la historia o la ciencia sino por la rutina. El maestro de todas estas ciencias puede crear una situación en la cual el estudiante pueda formar su propia apreciación.

La segunda dificultad es más seria. Si la ética significa una abstención de toda conducta, traiciona su propósito y rinde su razón de ser. ¿No sería más simple el decir a un estudiante lo que debiera hacer, señalarle una línea de acción con toda la fuerza de la autoridad y dejarle seguir por allí? Indudablemente que esto sería lo más sencillo y tal vez lo primero y más eficiente para que las cosas se hicieran. ¿Pero son la sencillez y la eficiencia momentáneas los fines más deseables? Un médico de Providence me señaló una vez la diferencia entre las escuelas de medicina de la clase A y las de la clase B. Me dijo: «A los que gradúan en las escuelas de la clase B se les ha enseñado una manera de curar todas las enfermedades, y curan como se les ha dicho, toda su vida. Los de las escuelas de la clase A han sido provistos de varias maneras de tratar todo posible problema, y luego se les deja a su propio juicio; esto no sólo les da más recursos, sino que continúa la experimentación y el desarrollo del conocimiento durante toda su vida».

De la misma manera nuestro concepto de la enseñanza de la ética podría causar duda momentáneamente, pero daría al individuo la oportunidad de tomar decisiones morales por propio juicio, aumentando siempre sus recursos y su capacidad.

Más aún; la ética, a nuestro entender, debiera asumir la responsabilidad de la organización de la vida hacia el bien. Esto no significa una confusión de dudas o una masa de apreciaciones al azar; debe ser una unidad orgánica. Como ciencia, la ética debe conformar sus ideas en un sistema de conocimiento; como ciencia de valores, debe arreglar éstos en orden; como ciencia de conducta, debe introducir la armonía en todas nuestras acciones. Semejante ordenación de nuestra propia vida es el mejor antídoto contra la parálisis de la voluntad. Porque la mente vacilante está confusa por la cantidad de impulsos en conflicto y de propósitos cruzados, y lo que más necesita es aclarar su maraña mental. Esto es, exactamente, lo que la ética trata de hacer sistemáticamente, y si logra tener éxito en aclarar las manifestaciones de la vida moral, nos libertará en la misma medida de nuestras inhibiciones señalándonos el camino abierto de acción que nos conduzca hacia un ideal revelado. Cuando la vida se organiza hacia la meta del bien, es porque está preparada expresamente para la realización del bien.

En suma, el ver los valores claramente ya significa el haber introducido algún orden en la vida. Porque es evidente que algunos valores son mayores que otros y, en la mente del que aprecia, lo menor está subordinado a lo mayor. Así el análisis crítico que distingue el bien del mal conduce a la apreciación de los valores, y la interna percepción de estos valores conduce a la organización de la vida hacia el fin de la bondad. Esto a su vez unifica toda conducta en torno de un supremo propósito de vida.

¿A dónde nos ha llevado esta búsqueda? La ética no nos ha de dar una enseñanza definitiva, sino que ha de preparar al individuo para organizar su vida hacia el bien en sus más amplias manifestaciones. Se podría objetar que el bien está aún por definirse, pero nuestro criterio está encauzado hacia algo valioso que llamamos el bien. Lo que encaja y contribuye a la organización progresiva de la vida es bueno. Hobhouse llama a esto el principio de armonía, y define el bien racional como «una plena y armoniosa manifestación de la capacidad vital», que es otra manera de decir el desarrollo de la personalidad. La ética es la búsqueda crítica y llena de apreciación de un desarrollo humano que llegará a integrar impulsos confusos y que estén en conflicto poniéndolos en una ordenada y efectiva buena voluntad personal y social. El reino de la ética es la comunidad universal de valores deseados o adquiridos por las personas inteligentemente devotas a esta finalidad.

Buscar y salvar, elegir y compartir para ordenar y realizar esta comunidad de valores; tal debe ser la enseñanza de la ética.